



LA HORA DE LO IMPOSIBLE

por Luis Alberto Frontera

Enfático destino el de la crisis argentina: su única solución posible sería, justamente, el triunfo de lo imposible. Un libro que no se menciona para evitar alardes de erudición (pero que es el "Pequeño Larousse Ilustrado") ofrece esta explicación: "Imposible: lo que no puede ser". Y aclara que "el movimiento perpetuo es imposible de realizar", cosa que no deja de llamar la atención de todos aquellos que saben que el movimiento eterno es una característica de la vida. Esto habla de por qué, los diccionarios, que nunca fueron best-sellers, son también imposibles, pero de leer.

Que la Argentina no haya sido siempre lo que es hoy, permite suponer que mañana tampoco será lo que es ahora, lo que significa una esperanza. Máxime si se entiende que la historia nacional es grande gracias a la consumación de hechos que en su momento fueron considerados poco menos que imposibles de concretar. Al voleo: cruce de los Andes por el ejército popular de San Martín, Batalla de Obligado contra la flota anglofrance-

sa, levantamiento popular del 17 de Octubre de 1945. Pero también fueron considerados como imposibles, antes de acontecer, algunos sucesos menos felices de nuestra historia: firma del empréstito Baring Brothers en 1822,



asunción como ministro por parte del cabo de policía jubilado José López Rega, rendición de nuestro ejército en Islas Malvinas el 14 de junio de 1982.

Esto demuestra que lo imposible es algo que suele suceder. Pero a pesar de las evidencias, siempre que algún joven limpio de corazón plantea algo imposible, como que está en la edad de hacerlo, no falta el buey corneta que viene a amargarle los planes con el argumento de que "la política es el arte de lo posible". Ocultan estos políticos, generalmente achacosos, que la historia está llena de imposibles. Como ser: subsistencia de Moisés en el desierto, resurrección de Cristo, descubrimiento de América y de la redondez de la tierra por parte de Colón, derrota del colonialismo inglés a manos del pacifista Mahatma Gandhi, etc.

Entonces hay razones para sospechar que quienes nos hablan del arte de lo posible, lo que en realidad quieren es ejercer una parálisis de la insurrección y fomentar algo así como la escuela de la resignación.

En general, los que están conformes

con el estado de las cosas, confunden lo que aman con lo que es posible. Y llaman a los que quieren un cambio, partidarios de lo imposible. Alcanza si no con recordar la historia del peronismo: el regreso de Juan Domingo Perón fue calificado como imposible, durante 18 años, por aquellos que no lo deseaban. Esas personas sintieron que eran aplastadas por los simpatizantes de lo imposible, cuando encendieron el televisor y vieron, sonriente y en pijama, a Perón en el balcón de la casa de Gaspar Campos.

La utopía, estamos en condiciones de afirmar, sólo es una anticipación de lo que está por suceder realmente, como en los cuentos de Julio Verne pero con contenido social. Se puede sospechar, incluso, que todo lo que es realmente digno hoy, empezó por ser un imposible ayer. Un poeta apócrifo del siglo XX, Don Eladio Tolosa, justicieramente olvidado por las nuevas generaciones argentinas, escribió deleznales versos en tal sentido. Así viene a demostrarlo este fragmento de "Contradicciones", del libro inédito "Historia de la oreja" (o de la oveja, el título ha sido borroneado por el tiempo):

Advierte el gaucho sensible,
al ser víctima de un vivo,
que todo lo que él quisiera
para el otro es imposible
o utópico o subversivo.

A esta altura del verso cualquiera comprenderá que es mejor trabajar por un futuro mejor, aunque sea imposible, que quedarse quieto esperando la llegada de un futuro incierto. Habrá que ponerse de acuerdo, también, en que lo imposible es lo único que, hoy por hoy, vale la pena de ser redimido. Contra los realistas partidarios del mal menor (malmenoristas), aparecen entonces los extraordinarios seguidores del bien mayor (bienmayoristas).

Miremos la historia última de la Nación. Está visto que todos los gobiernos civiles son interrumpidos por gobiernos militares de facto que después vuelven a dejar el poder. Eso es lo posible: que la democracia sea derrotada por el ejército. Esperar el triunfo popular sería imposible, dados los antecedentes. Entonces uno se pregunta: ¿Y si en vez de plantearnos este imposible nos planteáramos otro imposible? ¿Entre dos imposibles, por qué no elegir directamente el más atractivo? Por ejemplo: ¿Por qué considerar como descabellada una sociedad en la que todos concurren a abastecer a la comunidad de todo lo que la comunidad necesita, y en donde cada uno re-



ciba de la comunidad aquello que le sea necesario?

Para no plantear de entrada grandes imposibles, los argentinos, podríamos reunirnos en procura de pequeños imposibles. Su concreción haría feliz a cualquier gobierno, ya que no es propio de majestades gobernar mendigos sino seres felices. Imposibles para empezar podrían ser: que los ríos no se desborden, que los chicos coman y los jubilados cobren, que los teléfonos funcionen, que los maestros ganen tanto como los militares, que las fuerzas de seguridad actúen siempre de uniforme y no confundan a la comunidad vestidos de civiles, que las notas periodísticas de fondo tengan fondo y la televisión no sea estúpida, que no haya coimas, que la justicia no signifique la multiplicación de las víctimas, que los periodistas no mientan más, que vivamos cristianamente, etc.

Después habrá imposibles más lejanos: hospitales para curar las malas intenciones, sanatorios para volver bueno a todo malo, universidades de sonrisas, jardines de infantes para besos, pasaportes para ir al alma de todas las personas y, como hubiera querido el poeta, se establecerá que nadie pueda ir de visita a un corazón sin llevar el propio, y que cada casa, sea por lo menos una casa de gobierno.

Los malmenoristas, a esta altura, preguntarán enloquecidos: ¿Y quién convoca al pueblo? ¿Y qué hacemos con los militares? ¿Y con los ganaderos? Lo preguntan porque no miran la historia, porque no la quieren ver. El caso de las Islas Malvinas, por ejemplo. El malogrado aunque lamentable poeta Eladio Tolosa, sin ir más lejos, hubiera propuesto prácticos imposibles. Como enviar al archipiélago un barco cargado con las más importantes personalidades argentinas: Favalaro y Moria Casán (en camarotes separados), Ernesto Sábato y Jorge Luis Borges (también separados, pero por otras razones), Guillermo Vilas, Carlos Monzón, Federico Leloir, Libertad Lamarque. ¿Quién se atrevería a echarlos de nuestra propia tierra? ¿Quién podría enojarse si enviáramos submarinos con Alberto Migré, Nathan Pinzón o Bernardo Neustadt? ¿Cómo ofenderse si los paracaidistas, en vez de tropas, fueran Gustavo Ballas, Amalita Fortabat o el "turco" Asís?

Ya muchos grandes hombres plantearon lo imposible. Los casos más destacados, para mencionar sólo algunos, son La República de Platón, la Utopía de Tomás Moro o La Ciudad del Sol de Tomaso Campanella. Tienen una diferencia básica con esta nota: ellos deseaban que sus utopías pudieran ser realizadas. El que suscribe, curiosamente, prefiere que su propuesta sea imposible. ¿Por qué? Porque de ser una propuesta en mínima medida realizable sería una propuesta política y no se tardaría en sufrir los embates de los señores disfrazados de civiles que ya deben estar acariciando las frías culatas de sus herramientas de trabajo cotidianas. Tomás Moro, para que no haya dudas, escribió sobre sus propósitos (Utopía, edición latina de 1516): "Entonces el bufón empezó a bromear en serio, y ahí estaba en su elemento".

Esta nota tiene como elemento lo imposible, igual que la Argentina. Porque un país que tiene trabajadores pobres y vagos ricos, no es un país sino dos países, y todo lo que hace es imposible. De todas formas, se puede deducir que las luchas nacionales más próximas, no serán entre las fuerzas de la utopía y las de la realidad, sino entre diferentes imposibles que tratarán de meterse en la realidad, así como esas señoras gordas se meten en sus vestidos, cuando más les valdría meterse en fundas de pianos.

Se trata, ahora, de hacer la Justicia. Y eso es imposible. Tan imposible como que un gusano asqueroso se pueda convertir en una bella mariposa.